

de la monarquía, la unión es imposible; no olvidemos el consejo de Lorenzana: una iglesia, un dogma y un pastor, son los atributos del partido liberal, el rey la monarquía y la Constitución de 1876.

En la interpretación liberal para el planteamiento de los derechos individuales, de la libertad de la prensa, del ensanche del voto nacional y de la inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio, son puntos en los que hay margen para inteligencias con todas las fracciones liberales.

Recuerda que el mejor timbre del partido liberal fué la benevolencia de Castelar.

Califica de torpe conducta la del gobierno actual hostilizando al ilustre orador; concluye deseando la inteligencia cordial entre todas las fracciones liberales que mata el pesimismo, y recuerda otra vez la frase célebre de Lorenzana.

El Sr. Sanchez Pastor brinda por los señores Gullón y Alonso Martínez á quienes la prensa debe la abolición de la ley conservadora, iniciada por el Sr. González (D. Venancio), y el juicio oral que da garantías al escritor.

El marqués de Aguilar de Campo brinda por la comisión organizadora del banquete. El Sr. Rizo por los señores allí reunidos. Se acuerda á mandar al Sr. Sagasta un cariñoso telegrama, que redacta el Sr. Sanchez Pastor.

Grande entusiasmo. — El corresponsal.

Segun los partes recibidos, ayer llovió en Murcia y Valencia.

El círculo Filológico celebró anoche una velada literaria, que estuvo muy animada. Las señoras ocupaban la mayor parte del salón.

Madame Demortière y los Sres. Benfeldt, Vilar, Benavent, Martínez y Menéndez leyeron selectas composiciones en holandés, rumano, francés, inglés y alemán, siendo muy aplaudidos.

Bajo la presidencia del subsecretario señor Suarez Vigil y con asistencia de los directores de Gracia y Justicia y Hacienda, Sres. Perier, Castro y Serrano, de los señores Echenique, García y García y de un notario, se ha verificado ayer en la subsecretaría de Ultramar la subasta para la extinción de douda amortizable del céndido departamento.

Los depósitos presentados han sido siete, por valor nominal de 50000 pesetas cada uno de los seis primeros, hechos á nombre de D. Lorenzo N. Celada, y el sétimo de D. Florentino de la Peña.

Han sido admitidas las tres primeras proposiciones hechas respectivamente á los tipos de 15, 16 y 16 1/2 por 100, del Sr. Celada. S. M. el rey ha firmado el decreto sobre establecimiento de redes telefónicas autorizando al ministro de la Gobernación para establecer y explotar este servicio, fundando la autorización en las dictámenes del consejo de Estado y en las razones de gobierno que aconsejan esta medida.

Para el establecimiento de tal servicio se valdrá la administración de los funcionarios del cuerpo de telegrafos.

Se crearán cinco estaciones en Madrid que se denominarán del Este, Oeste, Norte, NO. y SE.

Se conceden estaciones telefónicas á los ayuntamientos que no la tengan telegráfica, á condición de que comuniquen directamente con una de las estaciones telefónicas ó telegráficas del Estado. Estas estaciones municipales percibirán una tasa por cada telegrama, que se fijará en cada caso, á cual no dispensará de la que corresponda al Estado cuando estos telegramas hayan de continuar su curso por las líneas telegráficas.

Las corporaciones ó particulares que deseen una ó más estaciones telefónicas dentro de la red del Estado, deberán solicitarlo de la dirección general de Correos y Telégrafos en la forma que prevenga el reglamento.

El ministro de la Gobernación se reserva el derecho de negar la concesión de líneas ó

estaciones cuando las considere perjudiciales á los intereses públicos ó á la seguridad del Estado.

Solamente podrán concederse autorizaciones para establecer líneas telefónicas particulares en las poblaciones donde no exista red telefónica del Estado mientras este no las construya á condición de que tales líneas sean para unir dependencias de un mismo dueño, y reservándose el gobierno el derecho de intervenirlas. Si las dependencias que se pretenden unir telefónicamente correspondieran á diferentes términos municipales se incara el oportuno expediente.

El gobierno se reserva el derecho de suspender el servicio de una estación, línea ó red, ó de suprimir las comunicaciones por razones de seguridad ó orden público por falta de pago, ó por uso indebido del telefono.

Se prohibe transmitir por las líneas telefónicas noticias contrarias á la seguridad del Estado, á las leyes y á la moral.

El que estableciese alguna línea telefónica ó transmitiese comunicaciones por medio de aparatos ó máquinas de cualquier clase sin estar debidamente autorizado para ello incurrirá en la pena que determinan las leyes vigentes.

La administración adoptará las disposiciones convenientes para el mejor servicio telefónico pero no acepta responsabilidad alguna por este concepto.

Los particulares á quienes el gobierno haya hecho concesiones para establecimiento de líneas de uso privado y los abonados á las redes telefónicas del Estado, quedarán obligados á estar y pasar por las variaciones que para la mejor organización de este servicio puedan introducirse en lo sucesivo, con respecto á lo que se establece en el presente decreto.

Los concesionarios de las actuales líneas telefónicas serán invitados á unir sus estaciones á la red general que se establecerá, ingresando como abonados en la forma que marque el reglamento. Los que no acepten esta invitación y deseen continuar sirviéndose del telefono en la forma que actualmente lo hacen, quedan sujetos á la inspección que les impuso el reglamento de 1882.

El importe de las cuotas de los abonados, así como el valor de los despachos y conferencias se satisfará precisamente en sellos de correos y telegrafos.

Se deroga el decreto de 16 de agosto de 1882 relativo á este servicio y toda disposición que se oponga á la presente, declarándose caducadas las concesiones hechas en virtud de aquella disposición.

El decreto con el reglamento correspondiente se publicará mañana en la Gaceta.

Han sido nombrados: Oficial primero de la intendencia general de Hacienda de Puerto-Rico, D. José de Goicoechea y Primo de Rivera; director facultativo de las obras del puerto de la Habana, ingeniero jefe de segunda clase de Caminos, D. Francisco Paradola y Gestal; y oficial segundo de la secretaria del gobierno general de Cuba, D. Alfonso Ramos y Linares.

Parece que dentro de muy breves dias se publicarán por la dirección de Obras públicas los anuncios de 14 ó 16 subastas para la construcción de varios trozos de carreteras, algunos puentes y un ferro-carril económico desde las canteras Les Sorretes á la playa de Castellón, para el transporte de la piedra que ha de emplearse en la construcción del mencionado puerto.

El ferro-carril de Durango á Zamárraga, cuya ley de concesión se ha presentado últimamente á la sanción real, tendrá tres túneles: el primero, de 500 metros, para el paso de Ermita; el segundo, de muy corta extensión, en las inmediaciones de Eibar, y el tercero, para el paso de Descarga, poco ménos largo que el de Ermita.

A las seis de la tarde de ayer, visitó el nuevo depósito judicial de cadáveres el señor

ministro de Gracia y Justicia, acompañado del director de los Registros y subsecretario interino D. Cirilo Amorós, y el primer jefe de sección Sr. Cañabate.

El director interino y una comisión del cuerpo médico-forense compuesta de los señores Sicilia, Bueno y Lozano recibieron al ministro, y el Sr. Saez Domingo espuso detalladamente todos los trabajos de instalación y el plan de organización del servicio, que comprende todo lo relativo á las actuaciones judiciales y médico-legales conforme á los progresos de la ciencia.

El gabinete anatómico y micrográfico, el arsenal instrumental, el laboratorio de desinfección, la sala de autopsias, la de identificaciones, los depósitos con sus magníficas mesas de mármol, todo fué examinado atentamente y elogiado en registro, así como los libros de estadística y registro de órdenes de los juzgados.

La sala de jueces, el despacho del director y el lavabo están instalados con sencillez, pero muy aseadamente, cual corresponde al decoro de la administración de justicia.

El Sr. Saez entregó al ministro un cuadrosomen de la estadística de la primera quincena, del 27 de julio al 11 de agosto, que comprende 25 cadáveres ingresados, con gran número de datos debidamente clasificados, que el señor ministro aplaudió mucho y que servirá de modelo para la estadística mensual.

El Sr. Silvela ha realizado una reforma de gran entidad, que hace mucho tiempo reclamaba la opinión pública y los tribunales de justicia, y al tributarle nuestros aplausos, también merece el ayuntamiento de Madrid se le felicite por el celo desplegado, que indudablemente completará con algunas obras accesorias, para que Madrid tenga un edificio modelo como la tan renombrada Morgue de París, y con mayor razón actualmente que los cementerios y depósitos serán servicios municipales.

EDICION DE LA TARDE DE HOY 13 DE AGOSTO

LA AGENCIA FABRA HA COMUNICADO HOY POR LA MAÑANA Á LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA LOS SIGUIENTES TELEGRAMAS: Londres, 12.

Clausura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 59 3/4. Marsella, 12 (5:30 noche).

Durante el día de hoy han fallecido 17 atacados del cólera.

Londres, 13. El discurso real que se leerá mañana en las Cámaras legislativas con motivo de la suspensión de las sesiones, declara necesaria una nueva reunión de los diputados y de los lores para el otoño próximo.

Nueva-York, 13. Dice el Times de esta capital que los marinos de la expedición del Greely se comieron sus muertos. Las autoridades americanas desmienten que el populacho de Victoria, en la Colombia inglesa, haya degollado al vice-cónsul de China.

Hoy recibimos de nuestro corresponsal especial en el Norte la siguiente carta: Pamplona, 12.

Quando abandonaba ayer el hotel Berdejo en San Sebastián para tomar el esprezo con dirección á esta, me sorprendió la visita de los señores duque de Almodovar, Rizo y Barrio, quienes tuvieron la amabilidad de invitarme al banquete que hoy ha debido darse en aquella capital en honor á los Sres. Alonso Martínez y Gullón (D. Pio) y del director de la Iberia, Sr. Sanchez Pastor. Mis deberes de corresponsal me obligaban á venir aquí, y tuve que declinar el honor que me dispensaba la comisión organizadora del banquete, dejando á cargo de un distinguido periodista madrileño telegrafiar á LA CORRESPONDENCIA ó telegrafiarle á Pamplona los detalles del banquete político.

Salió de San Sebastián en el mismo tren que condujo ayer á Madrid al marqués de Estella y al Sr. Castelar, y me encontré en Alsasun con el conde de Heredia-Spínola, con el general Bonanza, con el brigadier Fuentes, con el ayudante del general Martínez Campos, Sr. González de la Peña, y con otros amigos míos que venían, como yo, á Pamplona á presenciar la entrada del rey.

El Sr. Castelar, á quien tuve la satisfacción de saludar ayer en San Sebastián, dijo que persistía y persistiría en su política de paz á todo trance y de benevolencia á los partidos liberales, á los cuales promete ayudar, en cuanto de su parte dependa, para realizar su obra de progreso benéfico para el país.

Me complazco en decir esto, porque alguien pudiera suponer que el viaje á Madrid del eminente orador gloria de la tribuna española, en los momentos en que se habla, si quiera sea falsamente, de proyectos revolucionarios, pudiera tener relación con ellos. El Sr. Castelar ha ido á Madrid para asuntos propios, ajenos á la política.

El general Martínez Campos, aunque no pensaba venir á esta ni volver á Betelú, llegó ayer á dicho balneario para acompañar al rey en su viaje á Pamplona.

El rey salió esta mañana á las nueve de Betelú, en un landó, acompañado del ministro de la Guerra y del general Blanco, siguiendo después una escolta del regimiento de caballería de Ariabán. Inmediatamente después iba el séquito régio. En Irurzun tomó el tren real y llegó á esta á las once y minutos de la mañana.

Ya telegrafió la entusiasta ovación que ha tenido y el buen efecto que ha causado en el público la excelente salud que disfruta el rey. Sin duda se había hecho circular, como trabajo revolucionario, la falsa noticia de que S. M. estaba muy quebrantado de salud, y esto unido á los rumores de que antes he hablado, ha contribuido poderosamente á que el recibimiento haya sido aun más entusiasta de lo que podía esperarse.

En muchas partes se han arrojado al paso del rey profusión de flores, palomas y poesías impresas y se han repetido los gritos de «viva el rey valiente!»

En toda la carrera ha sido objeto S. M. de las mayores muestras de adhesión y de respeto.

Su primera visita fué á la catedral, donde fué recibido bajo pábulo y se cantó un Te Deum.

Inmediatamente de llegar á palacio, revisó las tropas que por telegramo he mencionado y alguna del cuerpo de ingenieros que se me pasó por alto al recorrer la carrera. La instrucción, policía y disciplina de las tropas no puede ser mejor, habiendo quedado el rey altamente satisfecho y haciendo grandes elogios de las mismas.

En el momento en que escribo estas líneas ha principiado el almuerzo régio, al que fueron invitados las autoridades y jefes del ejército. Cuando termine tendrá lugar la recepción, á la que concurrirán, aparte del elemento oficial, que es aquí bastante numeroso, más de quinientos alcaldes y concejales de los ayuntamientos de Navarra, que se encuentran en Pamplona desde ayer con el único objeto de presentar sus respetos á su majestad.

Ya dije que la corrida de toros principiará á las cuatro. Los toros (de Carriquiri) son pequeños, como la mayoría de los de este país, pero prometen mucho, á juzgar por la bravura de que han dado muestras esta mañana al verificarse el encierro y el apartado.

Es verdaderamente curioso el encierro de los toros en Pamplona. En el momento de dar las siete de la mañana, el disparo de unos cohetes avisa al vecindario de que va á pasar por las calles el ganado que ha de lidiarse por la tarde, y con este motivo se cierran las puertas y solo quedan en la vía pública los aficionados al arte de Pepe-Hillo, los cuales llegan á la plaza en confuso tropel, pre-

cediendo á los toros, que les van al alcance muy de cerca.

La plaza estaba llena de bote en bote cuando llegaron las avanzadas. El espectáculo que ofrece el circo en el momento de penetrar el ganado no puede ser más animado. La muchedumbre penetra como torrente desbordado, tocando á los últimos, ó poco ménos, en las espaldas las astas de los cabestros que van delante de los toros.

Los tres novillos que se corrieron para solaz del pueblo dieron bastante juego y ocasionaron sendos porrazos á los futuros Lagaertijos.

Escribo lo que precede, he recibido de San Sebastián un extenso telegrama comunicándome las principales declaraciones que ha hecho el Sr. Alonso Martínez en el banquete político allí realizado. Mi primera intención ha sido telegrafiar la síntesis del brindis; pero como hay mucho servicio oficial, y llegaría casi al propio tiempo que esta carta, prefiero fiar al correo comunicarme con los lectores.

He aquí la síntesis del discurso del señor Alonso Martínez:

«Brindo, señores, por S. M. el rey y por la real familia, considerándola como el cimiento más sólido de las libertades públicas, puesto que significan la tradición histórica de España, y que no es indiferente la forma de gobierno en este país, donde tantas glorias se deben á la institución monárquica. Por eso el partido liberal es monárquico y dinástico. En otros países virgenes podrá ser indiferente la forma de gobierno; en España, no. (Asentimiento.)

«Cumplido el primer deber brindando por el rey, envío un afectuoso saludo, un cariñoso abrazo al ilustre jefe de nuestro partido, al Sr. Sagasta.

«Aprovecho este momento, ya que la ocasión es propicia, para desmentir en absoluto los rumores falsos que han circulado sobre disidencias en el seno de nuestro partido, y para tributar los más sinceros elogios al jefe indiscutible del partido liberal, Sr. Sagasta, por la brillante campaña parlamentaria que ha dirigido antes de suspender sus tareas los Cuerpos Colegisladores.»

En un período hábilmente preparado hace notar el contraste que han ofrecido los últimos debates, presentándose unido y compacto el partido liberal, vacilante y divagando la izquierda, sin rumbo ni Norte conocido, mientras que el partido conservador se ve minado por la preponderancia de la escuela ultramontana, que es más religiosa que política, y por ello ha originado un conflicto que se ha resultado en detrimento del prestigio de España, según el orador, quien asegura también que hay amagos de indisciplina en el partido conservador.

Combate lo que llama manía del partido conservador, de crear un partido liberal, cuando este está ya formado desde 1880 y figuran en él eminencias políticas militares y de todas las ramificaciones sociales, constituyendo una agrupación política más importante que ninguna otra de España, á juicio del orador.

No rechaza el apoyo auxiliar de los demócratas, pero no quiere se confundan con los liberales.

«Los partidos, dice, no son obra de artificio. No bastan para crearlos ni los intereses ni las voluntades. Se necesita identidad de ideas, de tendencias y de fines políticos.»

En suma: en el orden moral, como en el físico, no hay quien pueda sustraerse á la ley de las afinidades, bajo cuyo imperio se forman y desenvuelven todos los organismos.

Lo fundamental es el rey y el respeto á la Constitución de 1876, tan liberalmente interpretada como permite su texto, estableciendo, por medio de leyes orgánicas y códigos, garantías y sanciones en el libre ejercicio de los derechos individuales.

Termina aludiendo y elogiando á los generales Campos, Concha y Jovellar, por los servicios que prestan al rey, al país y á la

fondo del palco, pues no le inspiraba curiosidad lo que pasaba en la sala.

Se representaba la tragedia filosófica de Los Saltimbancos, esa obra maestra de bufonería séria que hace reír y pensar á la vez.

Bilboquet empezaba su gran monólogo del primer acto, cuando llamaron bruscamente á la puerta del palco.

William se levantó y abrió.

Un hombre entró.

William no le conocía, ni le había visto jamás.

Era alto, vigorosamente constituido y de bella figura. Sus cabellos, muy cortos, eran rizados naturalmente, descubriéndose en ellos algunas canas; pero su bigote poblado y largo, era de un hermoso negro de ébano.

Este personaje, cuyo conjunto no carecía de distinción, estaba vestido con una sencillez que no oscurecía la elegancia.

Los ojos del desconocido pasaron de William á Giorgione, y saludó á este con una imperceptible señal de conocimiento, luego se fijó en Danae.

El desconocido se acercó á ella y cogiéndola de un brazo, le dijo con voz breve y ruda:

«Salid un momento; tengo que hablaros!»

Danae no vaciló un instante en someterse á esta orden; se levantó en seguida y salió del palco, evitando encontrar las miradas de William, que le seguían con dolorosa ansiedad.

Después de su salida el joven quedó algunos instantes inmóvil y como herido de estupor.

El ruido de la puerta del palco que se cerró violentamente le sacó de su anonadamiento pasajero, y se lanzó para salir á su vez; pero Giorgione le detuvo por un brazo, diciéndole con voz dulce pero firme:

«¿A dónde vais?»

William, no sabiéndolo él mismo, no respondió; pero hizo algunos esfuerzos para soltarse de las manos de Giorgione, que le contenía á su pesar, añadiendo:

«¡Calma, querido amigo, calma! No hagais locuras!»

«¿Locuras? — respondió William que no comprendía el sentido de las palabras que oía.»

«¿Locuras? — respondió Giorgione, que diabló! Estais pálido como un cadáver; vuestra mirada es la de un loco; si queréis salir, salgamos juntos, pero no os separéis de mí.»

Y cogiendo el brazo de William, Giorgione le llevó al salón de descanso, completamente desierto, porque aun no había terminado el primer acto del drama.

Se sentaron en una banqueta.

«Queréis que os diga ahora la locura que ibais á cometer? — preguntó el artista al inglés.»

«Sí, — respondió maquinalmente éste.»

«Pues ibais á correr tras de ese caballero que se lleva á Danae y abofetearle.»

«Es verdad.»

«¿Y por qué esa violencia?»

«¿Por qué? — Porque...»

Giorgione le interrumpió poniéndole la mano sobre el brazo.

«Sabéis por ventura quién es ese caballero, y tiene ó no derechos sobre Danae? — le dijo.»

«¡Derechos! — repitió William lleno de furor.»

«Sin duda, y eso no os debe sorprender, conociendo el pasado de esa mujer.»

«¿Conocéis á ese hombre?»

«Le conozco.»

«¿Su nombre?»

«Se llama Carlos Henry; es compatriota mío.»

«¿Y... qué es de Danae?»

«Su protector.»

William quiso lanzarse de nuevo, pero Giorgione le detuvo con firmeza, y prosiguió:

«Sí, querido William, su protector desde hace dos años, mientras que vos solo conocéis á Danae desde hace dos meses. Así ya veis que no tenéis de qué quejaros; puede decirse que él representa el papel de marido.»

«¡Eso es imposible! ¡Danae jamás me habla de él!»

«No me sorprende: las mujeres son muy discretas en semejantes circunstancias.»

«¿Tenéis noticia de esas relaciones?»

«Sí, lo sabía hace tiempo.»

«¿Y por qué no me lo habéis dicho? — repuso el inglés en tono de reproche.»

«¡Me hubiera guardado muy bien de hacerlo! Siempre me estais repitiendo que solo trato de quitaros vuestras ilusiones.»

«¡Es que yo hubiera cesado de verla! Vos sois causa de que yo haga un papel ridículo.»

Giorgione no pudo contener una carcajada.

«¿A qué viene esa risa irónica? ¿No creéis que hubiera hecho lo que acabo de decir?»

«Francamente, nó; no lo creo, pobre amigo mío!»

«Os aseguro que no la volveré á ver en mi vida, Giorgione.»

«Y yo os aseguro que la volveréis á ver, ántes hoy que mañana.»

«¿Suponeis que la amo después de lo que ha pasado?»

«No lo supongo, lo afirmo, y estoy perfectamente seguro de ello: las pasiones, por locas que sean; tienen su lógica; mientras viven, nos gobiernan por completo, y es sobre todo, cuando se cree que agonizan cuando es necesario desconfiar de ellas.»

«¿Y quién os dice que la mía no ha muerto para siempre? ¿Leéis acaso en mi corazón, en mi pensamiento?»

«No, pero os conozco mejor que vos mismo.»

Esta aserción de Giorgione quedó sin respuesta y los dos amigos guardaron silencio durante algunos instantes.

William, que parecía sostener una lucha interior y violenta, tomó la palabra.

«¿Cómo habéis sabido que ese M. Henry era el protector de Danae? — preguntó á su amigo.»

«Todo el mundo lo sabe, y además él mismo me lo ha dicho.»

«¿Cuándo?»

«Hace algún tiempo, no sé precisamente cuándo.»

«¿Dónde?»

«En nuestro hotel.»

«Pues qué; ¿ha ido á visitaros?»

«Sí, le conocí hace mucho tiempo; hace años, en España durante un viaje artístico que hice por la península ibérica. Tiene, según creo, un pariente en Córdoba ó Sevilla.»

Los dos amigos guardaron de nuevo el silencio, y fué también William quien lo rompió, pero esta vez con palabras que parecían dirigirse á sí mismo.

«¿Es decir que me engañaba? — se decía, — ¡juro menta al diablo, te amo! Así se burlaba de mí

amor! ¡Su pasión no era más que una perpétua comedia! ¿Por quién me ha tomado esa mujer?»

Otra nueva carcajada de Giorgione interrumpió el melodramático monólogo de William, que miró á su amigo con sorpresa.

«Vamos, querido amigo, — dijo el artista, — tenéis un candor y una simplicidad fuera de todo límite... Pero basta ya... Salgamos un momento; en el otro entretanto seguiremos nuestra conversación, porque ahora no estamos solos.»

Y, en efecto, la multitud invadía el salón.

William siguió á Giorgione y ambos salieron al pórtico á tomar el fresco.

Quando volvieron á su palco, no puede describirse la sorpresa de William al encontrar á Danae en su sitio, sonriente y calmada, como si nada hubiera pasado.

Estaba sentada, como hemos dicho, en el sillón que ocupaba antes de la llegada de M. Henry, y éste sentado á su lado en una silla que había acareado.

El artista y su amigo se quedaron en el fondo del palco, y por la primera vez de su vida, el pobre William pudo comprender hasta qué punto sabe mentir el rostro de una mujer.

Danae parecía no tener atención más que para M. Henry.

«Sin cesar se inclinaba hacia él para hablarle al oído, escuchándole con su más dulce sonrisa, respondiéndole con su más tierna mirada.»

¡Jamás William había visto brillar más amor en sus ojos; jamás brillar en su boca, fresca y roja como el coral húmedo, sonrisas más radiante. Y... sin embargo, ¡jengañaba á alguno... engañaba á uno de aquellos dos hombres!... ¿A cuál? — se preguntaba William, que en su cándida inespiciencia no se atrevía á responder que los engañaba á los dos.»

William estaba tan indignado y estupefacto, al ver sobre un rostro tan encantador una máscara tan engañadora, que en su indignación creía arrancar, pedazo á pedazo, el amor de su corazón.

Quando salió del teatro, la imagen de Danae le parecía muerta para él.

VII.

Venganza.

Al día siguiente al despertarse, William recibió de Danae un billete concebido en estos términos:

«Necesito verte, William mío!»

«Verte hoy mismo... hoy por la mañana lo más pronto posible.»

«Desde ayer he sufrido horriblemente al pensar que tú crees culpable á la mujer que te ama con tanta pasión.»

«Te espero en nuestra habitación de la calle Pelisserie á las once.»

«No dejes de venir.»

«Hasta luego para verte; hasta siempre para adorarte.»

DANAÉ.

Este billete causó á William la alegría más viva. Su corazón había defendido y ganado contra su razón la causa de aquella mujer; estaba decidido á perdonarla.

Recobró toda su confianza, toda su credulidad, toda su ceguera.

Bajo el punto de vista del buen sentido y de la dignidad, obraba mal; bajo el de su dicha y de su reposo, tenía razón.

Obraba mal, porque cuando una traición es evidente, es vil y bajo cerrar los ojos sobre ella.

Tenía razón, porque el mundo así está hecho y no puede haber más que reposo y dicha para los ciegos de espíritu.

La ficción mitológica que pone una venda sobre los ojos del Amor, es un consejo de prudencia dado á los hombres.

«Audió, pues, á la cita.»

«William, sé sincero conmigo: ayer me has acusado, ¿no es cierto?»

Fué la primera palabra que Danae le dirigió al verle.

El desdichado William bajó los ojos como un culp